

Jueves de Gedeon



Diputado á Cortes por Madrid

SEMANARIO SATÍRICO

SE PUBLICA LOS JUEVES
DIEZ CENTIMOS el número

ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 23, primero

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, trimestre. 1,50 pesetas
Año. 5
Provincias y Portugal, tri-
mestre. 2
Año. 8
Número atrasado. 0,25
25 ejemplares. 1,50

Madrid 23 de Mayo de 1899

¡MILAGRO! ¡MILAGRO!



Hasta que le atropelle la yunta, no saldrá de su apoteosis.

Jueves de Gedeón

—¿Qué te han parecido las elecciones municipales, Calínez?

—Maravillosas. Gedeón. Parece mentira que haya habido tan poca lucha siendo las candidaturas tan insignificantes.

—Tú dirás lo que gustes, pero es lo cierto que el Gobierno no ha ejercido presión de ninguna especie ni ha falseado la voluntad popular.

—¡Callate, hombre, si parecía que estaba aplicando las reformas de Cuba. Mayor sinceridad, imposible. En todos los colegios se conocía que era domingo.

—¿Por qué?

—Porque no entraban los chicos del censo ni a puñetazos. En un colegio de no sé qué distrito se pusieron los señores de la mesa a jugar a la pelota y esta fué la única que botó. El candidato ministerial tuvo diez y seis mil votos y tres faltas.

—¿Qué dichosos son en ese distrito! Los otros candidatos tienen muchísimas más.

—Pero á mí lo que me ha encantado, Gedeón amigo, es la admirable organización del ejército fusionista. Por algo anduvieron Aguilera y Romanones sobre un pie constituyendo á toda prisa los comités del partido! ¡Vaya una fuerza disciplinada y potente!

—Parece que lo dices en son de burla.

—Lo digo con más sinceridad que las reformas antillanas.

—Pero si el ejército fusionista no ha luchado!...

—Pues por eso precisamente alabo su disciplina. ¡Como que Aguilera y Romanones lo organizaron para que no luchara!

—Lo sabes de buena tinta, Calínez?

—Lo sé de la tinta que emplea (acerca el oído)... para teñirse el bigote. ¿Te parece buena tinta?

—Ni la tan acreditada Reina de las mismas! ¿De suerte que los Tirteos fusionistas pusieron en pie de guerra el partido para que no luchase?

—Pues claro; esa es la última moda. ¿Para qué hemos enviado doscientos mil hombres á Cuba?

—Para aplastar á los insurrectos.

—Quita allá; para darles poco á poco lo que se querían tomar de un golpe. Pues bien, Aguilera y Romanones, imitando por esta vez la conducta de Cánovas, pusieron sobre las armas á los doscientos mil vocales de sus comités para que los conservadores fueran sacando poco á poco sus concejales de las urnas sin verse obligados á volcar el puchero, cosa siempre desagradable cuando se tiene una conciencia electoral tan estrecha como las mangas de la levita que usa D. Emilio Castelar.

—¡Oh admirable destino de los grandes ejércitos y de los grandes comités modernos! ¡Cómo evolucionó todo, Calínez! Si Barba Azul tuviese hoy un cañón, apuesto á que se lo cargaban sus enemigos.

—¿Al cañón?

—Naturalmente; yo y Cánovas jamás empleamos equívocos de plazuela. Bastante nos equivocamos en la Presidencia del Consejo de Ministros. Déjame, pues, que felicite á los dos prohombres fusionistas repetidamente citados por la maravillosa organización de sus zurrapas, empleando para ello la conocida locución vulgar de «al primer tapón, comités.» ¡Qué obra tan meritoria la de organizar á toda prisa lo que no había de servir para nada!

—¿Quién sabe; otra vez será; pero de todos modos, si continúan mucho tiempo los conservadores en el poder, los comités fusionistas van á ser fecundos en pasatiempos de cuarta plana.

—¿Cómo pasatiempos de cuarta plana?

—Sí, hombre; las tan entretenidas fugas de vocales. Para algo han de servir los organismos políticos; ya que no luchan, que entretengan.

—Pues mira tú que si se declaran en fuga los vocales de los comités fusionistas, Madrid se queda más desierto que el ministerio de Ultramar desde que se marchó Castellano.

—¿Dónde está nuestro insigne D. Tomás?

—En Fortuna.

—No le faltarán parientes.

—Está tomando las aguas.

—¿A que se agota el manantial! ¿De modo que en cuanto le falló el empréstito filipino se fué á Fortuna?

—Así parece.

—Si hubiese prosperado habrían ido otros con más razón. Eso de los empréstitos produce siempre grandes desarreglos fisiológicos. Ahí tienes á don Juan Navarrotreverter que es todo un hacendista de prestado; mírale la cara, parece que el hombre está vendiendo salud. Pues bien, nuestro ministro de Hacienda, á pesar de su robusto aspecto, padece una terrible enfermedad.

—¿Qué me dices? ¿En qué parte del cuerpo radica su padecimiento?

—En el vacío. Se le sentó encima Barzanallana.

—¡Cielos, el gobernador del Banco sentado en el vacío del ministro de Hacienda! ¿Entonces para qué sirve ese Banco si sus mismos gobernadores tienen que sentarse en otro mueble del gabinete; quiero decir, en otra región de un individuo del mismo? Y dime, Gedeón, ¿no se le infartará algo á Navarroreverter?

—Ya se le infartaron los apellidos. ¿Como no quieras que se le infarten los empréstitos que con-

trae! Además, los infartos han pasado de moda desde que el general Polavieja sanó del suyo.

—Supongo, Gedeón, que asistirás al magno recibimiento que preparamos al vencedor de Filipinas.

—Aunque no me ha invitado *El Imparcial*, cuya rotativa todo lo encauza, seré uno de los manifestantes siempre que la manifestación reúna estas dos circunstancias: que no tenga carácter político y que coadyuve á derribar al Gobierno.

—Me parece que esas condiciones se contradicen.

—No, hombre; se puede echar á nuestros gobernantes con muy poca política; es como ellos tratan al país; por consiguiente, no hay más que imitarlos.

—Pues yo no considero prudente el que glorifiquemos y enaltezcamos de esa manera á un militar. Eso es crearnos el dictador de mañana.

—¿Acaso no tenemos el dictador de hoy? Todo será que Morlesín tenga que montar á caballo. *Por lo emaz*, la Providencia ha marcado á nuestros dictadores un camino, y en cuanto lo siguen no hay fuerza humana que contrarreste su dictadura. Empiezan por Barcelona, continúan por Zaragoza y acaban en Madrid.

—Algunos se dan una vuelta por Sevilla.

—Las manifestaciones de entusiasmo popular que provocan en esas ciudades les otorgan la investidura de dictador. Así vino Cánovas.

—Aún me parece escuchar el estruendo. Pero hay quien dice que las manifestaciones que se hacen en honor de Polavieja desagradarán al jefe del Gobierno.

—No lo creo, Calínez. D. Antonio no puede temer que el vencedor de los tagalos le bata el *record* Barcelona-Zaragoza-Madrid que con tanta justicia tiene.

—Pero es que á él le silbaron y á Polavieja le aplaudirán.

—¿Porque somos un pueblo de artistas y á ningún individuo le silbamos dos veces de la misma manera!

—Comprendido.

LOS INMORTALES DE GEDEÓN

EL CONDE DE VILLAMEDIANA

(Viendo entrar á los fusionistas por el portal de Oñate.) (1)

PROCESIÓN

(Al Círculo liberal, recién estrenado)

¡Dilín, dilón!
¡Aguilera y Capdepón!
Que pasa la procesión!
No sera sin gran concierto;
que ayunar tan excesivo
no aguenta un liberal vivo,
si Praxedes se hace el muerto.
Todos tengan por muy cierto
que Gamazo y Capdepón
viven... pero en la legión
que hoy se encuentra sin un
(cuarto
más de uno, de ayunos harto
clama con triste aflicción:
¡Dilín, dilón!
¡Que pase la procesión!
¡Que cambie la situación!

Y la procesión comienza de fusionistas medrosos, exministros codiciosos, concejales... de conciencia. Ya han perdido la paciencia mirándose en un rincón á destierro y situación sujetos, por sus delitos: ya todos claman á gritos al brigadier Talegón de la fusión.
¡Dilín, dilón!
¡Que cambie la situación!

Primero va Segismundo, diplomático de guasa, el orador de la casa, el hombre serio y profundo: de arreglar el nuevo mundo capaz es, con su gestión. Que le otorguen el sillón y habrá paz: lo va usted á ver. Yo apuesto, de no perder cierto, otra indemnización.
¡Dilín, dilón!
¡Con Segis en el sillón,
gran contento en Washington!

El segundo lugar lleva don Amós, que ya en la cuna de su sapiencia oportuna dió más que cumplida prueba. Hombre de la gente nueva, de su tío admiración él dar la solución del problema planteado. ¡Oh partido bienhadado, ahí tienes tu salvación!
¡Dilín, dilón!
se acredita la nación,
con Amós por campeón!

(1) A los socios que no lo sepan, bueno sera advertirles que en el zaguán del que hoy es Círculo liberal fué asesinado el conde de Villamediana. ¡Extraña coincidencia! La tradición histórica de la casa comienza por el levantamiento de un cadáver.

Tras éstos vienen Ferreras, Rodríguez, Pérez, García, la liberal cofradía de Madrid y sus afueras. Veréis remando en galeras á ediles de mogollón. La desmoralización terminará ¡buena fama tiene, en tal punto la rama robusta de la fusión!
¡Dilín, dilón!
¡Qué hermosa administración disfrutará la nación!

Este Círculo remata

la conservadora vida; sociedad tan bien vestida no será torpe y pacata. ¡Sus liberales! La latada á aquesta situación: valor, brío y decisión; Cánovas, á huir disponte porque ya se lanza al monte contra tí la oposición.
¡Dilín, dilón!
¡Oíd el funebre son!
¡Morlesín!
¡Cos Gayón!
¡Orad por la situación!

EL PADRINO DE "EL NENE,"

ó
¡TODO POR EL ARTE!

(Parodia de la escena V)

Reparto:

Perico..... D. Práxedes.
El golondro..... Montero Ríos.
El churro..... Gamazo.
Chavito..... Maura.

Los cuatro *diestros* entran á la vez en la flamante barbería recientemente inaugurada por Aguilera en el palacio de Oñate, con todos los adelantos del arte de afeitarse y de que le tomen á uno el pelo.

MONTERO. Pues señor, bueno. Está concurrida la casa esta. Y en mitá de la Puerta del Sol, como quien dice.

MAURA. ¡Miá, que si uno quisiera afeitarse ahora!

D. PRÁXEDES. ¿Afeitarte tú? (Emocionado).
MAURA. O teñirme el pelo. Es un digamos.
GAMAZO. Y eso que hoy es sábado.

MONTERO. Día de barbas. (Acariciándose las suyas y pensando en las patillas de Vega Armijo.)
MAURA. Pa mí que aquí siempre es martes.
GAMAZO. La barbería de Aguilera, poca navaja y mucha tijera.

D. PRÁXEDES. ¿Sabéis lo que os digo?
MAURA. ¿Qué?
D. PRÁXEDES. Que no me gustan las chirigotas tocante á los moretistas.

GAMAZO. Si este Maura es muy chirigotero.
MAURA. Pues miá... que mi conuñao...
MONTERO. Pero hombre ¿no ves?

D. PRÁXEDES. ¡Que se ha concluido, ea! (Con imperio). Y que desde hoy vais á respetar lo que yo diga, como matador vuestro que soy. Y que se ha acabado el tutearme. Y que el que no lo quiere así, ha dejado de pertenecer desde hoy á mi cuadrilla. (Pausa. Se sienta aunque todavía no en el banco azul.)
MAURA. Pues ahora si que nos ha achicao éste.

GAMAZO. Eso es cuartearnos las facultades. (Va á sentarse en una silla baja y el asiento vacila. Maura se levanta asustado creyendo que se iba á sentar en Romanones. Al fin toma asiento en un taburete y coge la guitarra, entreteniéndose en apretar las clavijas como si fuera un cliente.)
MAURA. Y tiene razón. ¿No somos nosotros los llamados á dinificar el arte del toreo, tan atropellado hoy por cuatro ó seis *morlesines* sin ropa negra? Pues prenciemos por colocarnos nuestras propias, personas en el terreno que á cá uno le pertenece y vamos á la regeneración del arte con toos sus prencipios antiguos y toas sus ventajitas modernas.

D. PRÁXEDES. ¡Olé! Eso que ha dicho este.
MAURA. Pues chico, yo que tú, en lugar de entra y sal de Sagasta, porque á veces ni sales ni entras, me hacía diputado provincial ó ispetor de la *hinge-nie*. ¡Gacholi, cómo hablas!...

GAMAZO. ¿Pero no ves que ha sido canonista?
D. PRÁXEDES. Bueno, ahora vamos al asunto. Aguilera no está; el ruedo de las Cortes se abre un día de estos y yo no sé qué hacer. El traje de estadista no lo alquilan menos de veinticinco pesetas. Aquí no se han podido reunir más que diez y siete y yo vengo á devolver al círculo el dinero, que buena falta le hace para pagar el mobiliario, y á decirles á todos que sacaré el vestido viejo, el del morrión.

GAMAZO. Pero si lo tienes... si lo tiene usted hecho una lástima.
D. PRÁXEDES. Ya me lo han cosido los de la tertulia.
MONTERO. Y además la levitilla le está muy corta.

GAMAZO. Como que el maestro ha crecido mucho, según dicen, en estos dos años de oposición.

MAURA. Bueno, pero Ferreras ó cualquier otro papellista le puede echar un zócalo ó un folletón.

D. PRÁXEDES. ¿Pero no ves que ha sido canonista?

Bueno, ahora vamos al asunto. Aguilera no está; el ruedo de las Cortes se abre un día de estos y yo no sé qué hacer. El traje de estadista no lo alquilan menos de veinticinco pesetas. Aquí no se han podido reunir más que diez y siete y yo vengo á devolver al círculo el dinero, que buena falta le hace para pagar el mobiliario, y á decirles á todos que sacaré el vestido viejo, el del morrión.

MAURA. Pero si lo tienes... si lo tiene usted hecho una lástima.

D. PRÁXEDES. Ya me lo han cosido los de la tertulia.

MONTERO. Y además la levitilla le está muy corta.

GAMAZO. Como que el maestro ha crecido mucho, según dicen, en estos dos años de oposición.

MAURA. Bueno, pero Ferreras ó cualquier otro papellista le puede echar un zócalo ó un folletón.

D. PRÁXEDES. ¿Pero no ves que ha sido canonista?

Bueno, ahora vamos al asunto. Aguilera no está; el ruedo de las Cortes se abre un día de estos y yo no sé qué hacer. El traje de estadista no lo alquilan menos de veinticinco pesetas. Aquí no se han podido reunir más que diez y siete y yo vengo á devolver al círculo el dinero, que buena falta le hace para pagar el mobiliario, y á decirles á todos que sacaré el vestido viejo, el del morrión.

MAURA. Pero si lo tienes... si lo tiene usted hecho una lástima.

D. PRÁXEDES. Ya me lo han cosido los de la tertulia.

MONTERO. Y además la levitilla le está muy corta.

GAMAZO. Como que el maestro ha crecido mucho, según dicen, en estos dos años de oposición.

MAURA. Bueno, pero Ferreras ó cualquier otro papellista le puede echar un zócalo ó un folletón.

MONTERO. ¿Por qué no has elegido aquella chupa que sacaron primero?

D. PRÁXEDES. ¡Mia éste! porque aquello era una chupa... de dómine. ¡Vamos, hombre, ni pa las mojangas del Silvela!

GAMAZO. Tíe razón. Mañana tíe que salir al ruedo con mucha decencia.

MONTERO. Bueno; la cuestión del vestido ya se yo que quedará bien. Pero... ¿y la cuestión de aquí? (Señalando al corazón.)

D. PRÁXEDES. (Después de una ligera pausa). Pues bien, como siempre. Ya sabes tú que yo me meto en el terreno como el primero y que en eso no me dejan atrás los más guapos. Ahora, que las condiciones de los conservadores varían, que las facultades de uno no están siempre completas y por eso algunas veces los bichos llegan y se toma un palo ó una corná. Ya se vé, torea uno tan de tarde en tarde y la falta de ejercicio debilita mucho.

MAURA. Y el abuso de las legumbres de la Huerta

D. PRÁXEDES. ¡Chavito, que te las vas á ganar! ¡Que estamos hablando formal!

MONTERO. Pues lo que yo te digo... y dispensa, es, que si mañana no quedas bien por unas ú por otras, más vale que te vuelvas á Logroño y te dejes de toros.

D. PRÁXEDES. ¿Y eso á qué viene ahora?

MONTERO. Ya te he dicho que dispenses, pero yo tengo esperencia y te he oservao en tantos años que toreamos juntos, y me parece á mí que volutá te sobra, pero... vamos... que... yo no sé lo que es, pero te falta algo.

D. PRÁXEDES. ¿Qué me falta? ¡Maldito sea!... (Se rasca la barba). ¿Qué me falta? ¡Montero! ¡Eso no se le dice á un hombre en la cara! ¿No me has dicho tú mismo mil veces ¡olé!, cuando he abierto el capote? ¿En quites no te saco á los canovistas por las afueras? ¿Con los palos no sé cambiarme, cuartear en mi terreno, sesgar y todos los recursos? ¿Con la muleta en la mano no doy á cada toro lo que es suyo, y sé despegarlos, y sé recogerlos pasando y con adorno? Y cuando llega la hora de echarse la escopeta á la cara ¿no me ves siempre... ó las más de las veces... que... bueno... ahí ¿ves tú?... ahí quizás que tengas que criticarme algo; ya ves si soy franco, pero si estoy endeble alguna vez ¿sabes tú lo que es? ¿Lo sabes tú? Pues te lo voy á decir pa que sepas tóo lo que pasa en mi interior. Es, que, al ir á pinchar en la cruz, me acuerdo de Pablo Cruz que se ha quedao en casa, y el corazón se achica; las fuerzas flaquean, la cabeza se vá y resulta que pincha uno donde Dios quiere, y nunca quiere que sea en lo alto. Pero yo te juro, que desde ahora pa adelante, al ponerme el morrión, me he de arrancar toos esos pensamientos, y no va á haber en la plaza hombre más sereno ni que pinche mas alto, aunque le echen por la puerta del toril toros de cien arrobas ó catedrales en vez de toros.

MONTERO. Bueno, pues esto se ha acabao. Basta de consejos y echa una copla, Chavito. (A Maura, que se ha puesto á tocar la guitarra.)

MAURA. Estoy ronco.

MONTERO. Anda, hombre, que ya te tocamos alguna palma.

MAURA. (Sintiéndose mallorquín). ¿Palma?

MONTERO. ¿Y quién va á tocar aquí á Palma sin mi permiso?

GEDEÓN MORENO

Franco y Llana han estrenado *El lujo* en el teatro de la Comedia.

Anduvieron listos, porque dos días después se estrenaba la misma obra en el Círculo Liberal.

La obra de Franco y Llana está inspirada en una comedia de Augier.

La obra de Aguilera y consocios, no está muy inspirada precisamente: pero se dice que hay varios sillones *traducidos* libremente, con admisión de prenderos. Muebles hay, á la cuenta, que proceden de la Almoneda del «personaje mejicano, á quien no le sienta bien este clima», según nos dice á diario *El Imparcial*.

Pero no hagamos caso de habladurías. El lujo del Círculo Liberal es *asiático, oriental*, lo mismo que el jefe del partido.

Pero nos gusta mucho más *El lujo* de Llana y Franco. Por cierto que, á este último le felicitó calurosamente por el éxito logrado en la Comedia, nada menos que D. Práxedes Mateo.

Lo cual regocijará grandemente á Cánovas:—Bueno vá,—dirá D. Antonio:—Sagasta comienza á sentir afición á la literatura... Hay gobierno para rato. Mas no hagan caso Franco, ni Cánovas, de las aficiones literarias de D. Práxedes. Algo máquina *bajo esa aparente frivolidad*. Hombre profundamente sagaz, D. Práxedes parece á lo mejor, que está pensando en Shakspeare y lo que le preocupa es la actitud del Sr. Antequera (D. Benedicto). Tiene á veces arranques verdaderamente inesperados. Pero, como *arranques*, preferimos los de la Sra. Aranzaz.

LOS GANSOS DE LA HUERTA

HISTORIA BREVE, PERO VERDADERA (I)

D. Antonio Cánovas del Castillo es, pese á los silvelistas, muy aficionado á los animales domésticos.

En la Huerta hay de todo: perros, monos, cacaúas, corzos y gansos.

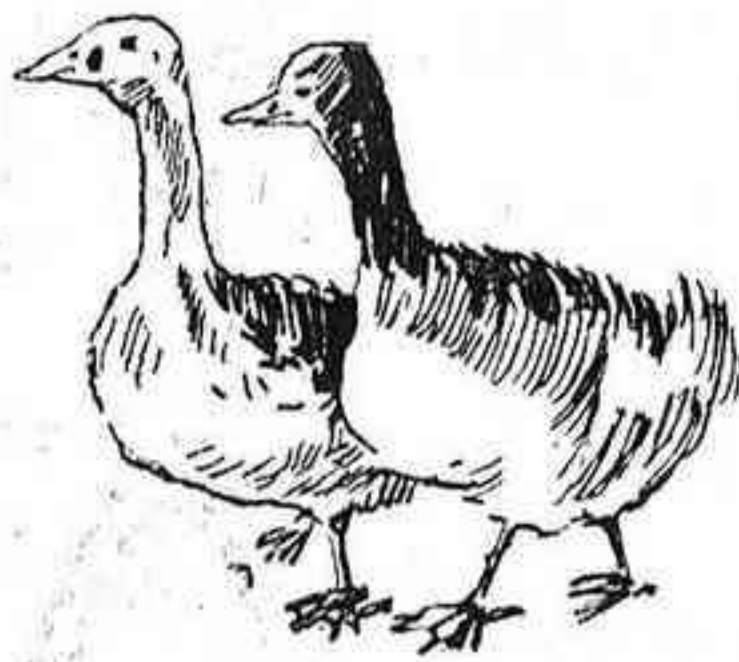
(Coro general de lectores: ¡Ya lo sabíamos!)

No lo sabían ustedes, lo sospechaban; pero no es lo mismo. Hablemos de los gansos.

No son éstos, por dicha, descendientes de los gansos del Capitolio. De otra manera no se podría dormir en el barrio de Salamanca. ¡Lo que graznarían los animalitos!

Bueno, pues los gansos de la Huerta no graznan, pero pegan picotazos. Son gansos disidentes á lo florentino.

Y tras estas necesarias explicaciones comienza la historia. Cierta tarde el director de un periódico popular, que no es el *Heraldo de Madrid* (por consiguiente ya saben ustedes cual es), fué á la Huerta para conferenciar con el Sr. Cánovas. Apenas pisó la arena de aquel



mágico jardín donde trisca Morlesín, salieron los dos gansos como dos ministros; así estaban de bien cebados.

El director aludido no sospechó nada de los gansos, porque va muy á menudo por el Congreso; pero ellos, los gansos, se le abalanzaron á las pantorrillas, que es donde tiene la fuerza el duque de Teuán.

El periodista se defendió de la agresión tumbando á bastonazos á sus enemigos.

Pero cuando éstos fallecieron comprendió que por un arrebato había cometido un gansicidio, y se dispuso á reparar su yerro.

Al siguiente día envió cuatro gansos á la Huerta. D. Antonio salía, por consiguiente, ganando dos ministrables. Esos cuatro gansos no habían dado hasta hace poco motivo alguno de queja. Se conducían con tal corrección que Lastres, Osma, Mochales y Vadillo no hallaban palabras bastantes para ponderarles.

Mas he aquí que cierto día apareció en la Huerta un ministro que actualmente está en Fortuna y de quien no hemos de revelar el nombre. Verle los gansos (que ya nos parece difícil) y lanzarse furiosos á él fué obra de un momento. El ministro desapareció entre los cuellos de sus adversarios. Por fin pudo apelar á la fuga; pero seguido por los cuatro gansos que le hacían girones la levita. Aquel cuadro erizaba el cabello. Afortunadamente



te los criados del Sr. Cánovas impidieron que el ministro fuese devorado por los gansos.

¡Hubiera sido el primer caso de responsabilidad ministerial!

En cierta tertulia refería días después el suceso una elegante dama, resumiendo sus comentarios con las siguientes frases:

«¡Por poco tenemos una crisis parcial!»

Moraleja de esta historia en vista de la proximidad de la apertura de las Cortes.

¡Señores ministros, ojo con los gansos!

(1) Y si no que lo digan en Fortuna.

POETAS DE LOS CANTARES

Don Joaquín Sánchez de Toca

Chico, tráeme la guitarra, que la temple Alba Salcedo que voy á cantar las coplas de los concejales nuevos. (1)

Los ediles que se cantan son los ediles más grandes: que lo diga don Leopoldo, que lo diga Concha Alca'de.

Amar y no ser amado, sentir y no consentir, llamarse Moreno Elorza ¡y tenerle miedo á Holguí!

Permita Dios que te quedas, por lo que has hecho conmigo, sin pluma y cacareando como el *Gajo* del Hospicio.

Dulce y Retortillo andaban por Palacio, en elecciones; y como era natural, Dulce... se quedó *de postre*.

¡Qué gusto da cuando hay tres que bien se quieren en casa! como en Buenavista Vilches con Zúñiga y con Zozaya.

Zozaya, en el Municipio serás precioso elemento, si miras que allí es *la cuerda* más necesaria que el viento.

¡Medrano va por la Audiencia? pues, anda, Piave, averigua

si es el que *hace los gomosos* ó el que da las banderillas.

Uruburu, ya saliste y está bien; yo me *figuro*, ver como *el tendido* todo grita:—¡Uruburu! ¡Uruburu!

Timoteo Vázquez Arias, bien te empujó Romanones; ¡Timoteo! ¡Timoteo! *Tienes nombre de elecciones...*

Ya hay edil que se apresura á sa'tar por la ventana porque oyó hablar de Moral. de Moral de Calatrava.

Eres senador por Palma, concejal por el Hospicio ¡y aún dudas, mibuen Lascoiti? Mejor son palmas que pitos.

Concejal Guzmán el Bueno, prepara el cuchillo agudo si te toca defender la Tarifa. de consumos.

Fernández Guevara cae muy mal en el Municipio; allí los Guevaras tienen otro primer apellido.

Y me despido de ustedes, pues no es cosa de decirles que en otros varios distritos salieron varios Rodríguez.

..... y armas al hombro

La ansiada unión republicana va á intentarse de nuevo.

Y á este propósito dice un diario:

«La convocatoria, que va precedida de una larga exposición de razones, comprende seis bases.»

Seis bases nada menos. Y á pesar de tanto apoyo lo unión republicana no se tiene sola.

Sin duda le pesa mucho la cabeza.

Habrá que dar la razón á la masa del partido.

Todos los domingos, la prensa ministerial *si que también* nocturna, inserta la siguiente noticia ú otra semejante:

«El señor ministro de Hacienda ha dedicado todo el día de hoy á trabajar con el interventor general en la redacción del proyecto de presupuestos del Estado.»

Bien se conoce que para el ministro de Hacienda no hay fiestas ni dineros de guardar.

La inauguración del nuevo casino fusionista:

«A la hora de cerrar esta edición es punto menos que imposible dar un solo paso por los hermosos salones del nuevo círculo.»

¿Cómo ha de ser!

Nosotros queríamos pinchar un poco á los fusionistas.

Pero, á la cuenta, no se puede.

No cabe allí ni un alfiler.

Visitemos, sin emlargo, las dependencias:

«Hay varios departamentos admirablemente dispuestos para la comodidad y recreo de los socios; salas de tresillo, salón de billar, comedores, cuartos lavabos amplísimos.»

Esto último nos parece muy oportuno.

Porque la única política del Sr. Sagasta consiste en eso. En lavarse las manos.

¡Al Santo! Al Santo!

«Los billetes á precios reducidos en los trenes económicos para la fiesta de San Isidro, son valederos desde el 10 al 25 del actual.»

En esos días GEDEÓN aguarda á muchos isidros, pero no le apuran. Los diputados conservadores.

Ya hemos preparado en esta redacción su cunita para cada uno.

El gobierno no ha de recibir más que un forastero y anda azorado como nunca.

Y es que no contaba con el huésped ni con la huésped.

La política del día:

«Estuvieron ayer en Palacio los ministros de Estado y de Gracia y Justicia.

El primero llevó á la firma algunos decretos de poca importancia, y el conde de Tejada Valdosa despachó dos indultos de penas leves.»

Es la única señal de existencia que dá el buen conde todas las semanas.

Presentar dos ó tres indultos de penas leves.

Habrá que decirle á S. E. que ya está perdonado.

(1) Son bastante medianas, pero peor lo hace S. E. en el Ayuntamiento.

PRECAUCIONES

Aquí no nos acordamos de Santa Bárbara, hasta que truena; ni de Nuestra Señora de la Paz, hasta que empieza a llover en Cuba.

No es extraño, por consiguiente, que nuestros empresarios gocen de omnimoda libertad en cuanto a la disposición de los coliseos y lugares públicos donde acostumbra a reunirse mucha gente, ni es extraño tampoco que, en vista de la horrible catástrofe ocurrida en París en el *Bazar de la Caridad*, el Sr. Peña Bamiro se haya apresurado a visitar los teatros y otros locales de esta corte, para ver si encierran las suficientes garantías para el público, en caso de incendio.

He aquí las nuevas precauciones que, con este motivo, se han mandado tomar por la autoridad competente:

Teatro Español.

El gobernador ha mandado que se aumente el número de salidas.

El Sr. Guerrero ha contestado que, mientras él sea empresa, lo que es «buenas salidas» no han de faltar.

Teatro de la Comedia.

El señor conde ha preguntado a la empresa de primavera, qué medidas tiene tomadas para el caso de una aglomeración.

García Ortega ha contestado textualmente: —¡Ay, señor conde! Venga primero la aglomeración, que luego ya hablaremos.

Teatro del Príncipe Alfonso.

Aquí se han adelantado a los acontecimientos. Hace ya veinte días que, en previsión de un incendio, la empresa envió a su primer tenor a tomar aguas.

Teatro de Apolo.

No hacen falta precauciones. El público de este teatro es incorruptible. Cuando no se ha quemado con los estrenos de esta temporada, ya no se quema.

Teatro de Eslova.

Desaparecerá el señor Carreras. En caso de incendio es muy malo precipitarse. Además, ha ordenado el señor gobernador, que *La mure de Cádiz* sea sustituida por *El himno de Riseg*.

Teatro Lara.

D. Canjido ha tenido una idea luminosa. Con objeto de que las precauciones sirvan para los dos turnos, ha mandado que las puertas se abran de par en par, como ahora ocurre, sino de par en impar. Además, las puertas se abrirán para afuera y el barrio seguirá haciéndose para adentro.

POLAVIEJA EN MADRID



Mal hará Polavieja, si se queja de su triunfal regreso de Manila: si allí le despidieron los chinitos, aquí se le recibe con chinitas.

FOLLETON DE GEDEON NÚMERO 17

EL ÚLTIMO INFUNDIO DE ROCAMBOLE

LA DAGA PUTREFACTA

Novela traducida indirectamente del francés

(CONTINUACIÓN)

Le llamaban de apodo el *Botijas* y había sido matutero. Sus piernas eran ágiles.

El caballero se comprendió perdido. El *Botijas* pisaba ya sus talones.

¡Hum! hizo el caballero y se paró en firme. —¡Date presol le gritó *Botijas*. La multitud dió un rugido de satisfacción.

Entonces el caballero metió la mano en el bolsillo interior del chaquet y extrajo una cartera. Abrió ésta apresuradamente y sacó una tarjeta. Se la entregó al *Botijas*, que satisfecho de su presa miraba á todas partes con orgullo.

Entonces volvió á suceder otra cosa extraña. El feroz sabueso leyó la tarjeta y se descubrió respetuosamente. La gente contemplaba con asombro aquella escena.

Elizo más el *Botijas*; llamó á un coche de punto que estaba parado cerca del lugar de la ocurrencia é invitó al caballero a que montase en él.

Le hizo así *El otro* y desapareció.

La muchedumbre, viendo que se le escapaba su presa, rugió nuevamente de ira y se precipitó sobre el *Botijas*.

Llovieron sobre él los golpes de las comadres y todos querían arrebatarse la tarjeta que tan extraño desenlace había dado á la persecución de *El otro*.

Pero el *Botijas* tuvo en aquel instante un rasgo heroico; rompió en cuatro pedazos la tarjeta y se los tragó.

Los gritos de ¡muera, muera el traidor! ensordicieron el espacio.

Estos gritos eran los que habían oído Rocambole y el albañil, éste desde la palangana del agua Santa.

La vida del *Botijas*, rodeado por la enfurecida multitud, corría peligro.

Pero Rocambole salió en aquel momento á la calle y al verlo, las turbas palidieron.

El maestro dirigió una mirada á la multitud y todos los brazos se bajaron.

El *Botijas* sintiéndose salvado, aunque sin saber por quién, respiró con ansia.

Rocambole se llegó á él y le dijo: —¡Sígueme!

La muchedumbre, poco antes furiosa, respetó la decisión del maestro.

El *Botijas* le siguió tambaleando aun. Volvieron á entrar en casa de los apóstoles. La multitud, dominada por su respeto hacia el jefe, se quedó á la puerta.

¿Qué iba á suceder en aquella casa? Penetremos nosotros con el maestro y el *Botijas*. Llegados á la sala de las Abluciones santas, dijo Rocambole á su protegido:

—Lárgame la tarjeta.
—No puedo—respondió éste—la tengo dentro.
—¿Dentro del bolsillo?
—No, dentro de mi cuerpo; me la he tragado.
—Miserable!—iba á murmurar Rocambole; pero se contuvo y nada dijo.

Miró en torno suyo y vió la palangana de que acababa de sacar la cabeza el albañil.

—¡Bébet esa agua!—interpeló al *Botijas* con imperativo acento.

—Señor, jamás me atreví á atravesar un vaso de agua, yo que he pasado en mi época de matutero tantos pellejos de vino, respondió el *Botijas*, pálido de terror.

—¡Bébelo ó mueres!—insistía Rocambole, abriendo el balcón como si fuera á llamar á la enfurecida multitud.

El *Botijas* tuvo un terrible instante de duda; per fin, haciendo un gesto desesperado, se acercó á la palangana... Y empezó á beber.

Rocambole sonreía. La tarjeta iba á caer en su poder. Efectivamente; apenas el polizonte había apurado medio cuartillo de agua, sintió una extraña conmoción en su cuerpo. A los pocos instantes, la tarjeta, fragmento por fragmento estaba en poder de Rocambole.

Reunió éste los cuatro pedazos y leyó.

No se había equivocado. *El otro* era...

No nos creemos autorizados todavía á revelar su nombre. Pero no se desanimen por ello nuestros lectores; ese nombre misterioso aparecerá en el curso de nuestra verdadera historia.

Réstanos por ahora decir que Rocambole guardó cuidadosamente la tarjeta y no sin que apareciese en sus labios una sonrisa de triunfo, mandó al polizonte que se retirase.

Este, temiendo todavía las iras de la enfurecida multitud; no se atrevía á salir por la puerta.

—Sal por la alcantarilla, dijo Rocambole, indicándole el mismo camino que había traído el albañil.

El *Botijas* no vaciló. La anterior vida de matutero y su actual profesión de polizonte secreto le habían conaturalizado con tales caminos.

Entró en la alcantarilla, mas á los tres ó cuatro pasos dió un grito.

Y en él le dejaremos, pues otros importantes acontecimientos reclaman nuestra atención.

ROSOQUILLAS CONSERVADORAS



La verdadera tía Javiere.

(A seguir.)